

fatal equivocación, asestando una puñalada.

Entraron en el departamento varios hombres vestidos de negro; era el juzgado de guardia. Delante venía un caballero de fisonomía severa, con gafas y mesurado continente: era el juez.

En medio del mayor silencio atravesaron la sala y penetraron en la alcoba, mandando que todos saliesen de allí, excepto los que fueron designados para servir de testigos. Uno de éstos designó al juez el puñal ensangrentado hallado sobre la alfombra y puesto cerca de la víctima como prueba del delito. Los que acompañaban al juez empezaron á levantar el acta y los primeros procedimientos.

Poco después llegaron un hombre y una mujer, que forcejeaban por entrar, á pesar de la oposición de los guardias de orden público.

— ¡Dejadme! ¡quiero verla! gritaba la mujer con ademanes descompuestos.  
— ¡Es mi hija!

La desdichada señora que quería forzar el paso con las débiles fuerzas de su avanzada edad, rugía como una leona. La pobre madre venía acompañada del joven Rogelio.

Doña Melchora, aquejada por sus achaques, se había quedado aquella noche en casa, y dejado salir á su hija con el dependiente de don Facundo y una señora desconocida que se presentó, diciéndose doncella de una casa principal, todo con arreglo al plan que conocemos. Viendo lo avanzado de la hora y que su hija no regresaba, salió en su busca, dirigiéndose á la tienda, donde la manifestaron que nada sabían de todo cuanto preguntaban; que la joven costurera no había parecido por allí; que don Facundo había salido, y que el horterilla desapareció antes de oscurecer, como solía hacer algunas veces, abusando de la ausencia de su amo para entregarse á sus correrías. Cuando, después de esperar un rato, se presentó Maúfas, éste declaró que á

poco rato de salir á la calle con Lucrecia y la desconocida, dejó á las dos que prosiguieran su camino; que no conocía tampoco á la doncella de casa grande, porque se la había encontrado en la Puerta del Sol, donde ella le detuvo preguntándole si sabía de alguna costurera, y entonces él la había acompañado hasta la casa de doña Melchora, sin que pudiese dar más razón, por ignorar todo lo demás.

Este relato, dado confusamente, con palabras incoherentes y contradicciones sospechosas, introdujo la alarma en el corazón de la pobre madre, que, acongojada y llena de inquietud, estuvo esperando inútilmente hasta que cerraron la tienda, sin que don Facundo apareciese tampoco.

Viéndose sola y careciendo de personas amigas á quienes acudir en su angustia, salió á la calle desfallecida, sin saber á dónde dirigir sus pasos, cuando un rayo de luz iluminó su mente atribulada, y acordándose de

Rogelio, fué á buscarle, á pesar de lo intempestivo de la hora.

El joven seminarista quedó aterrado con la nueva. Se vistió apresuradamente, y se ofreció á acompañar á la pobre señora, para practicar juntos las averiguaciones consiguientes. Un guardia de órden público de la cercana prevención les aconsejó el rumbo que debían seguir, y guiados por sus consejos, se encaminaron precipitadamente al edificio que ocupan las dependencias del Ministerio de la Gobernación.

Allí formularon su pregunta.

—No podemos dar á ustedes por menores, dijo uno, al parecer subalterno, que salió á recibirles; pero en este momento acaba de salir el juzgado de guardia á toda prisa, porque han traído el aviso de que una joven ha sido asesinada en la calle de Panaderos.

Al oír el nombre de esta calle, donde ya otra vez su hija había sido

objeto de una agresión brutal, la buena madre arrojó un grito de angustia, y seguida de Rogelio, corría desalada al sitio de la catástrofe. Por eso llegaba poco después que la justicia.

Don Facundo había sido el primero que dió la voz de alarma cuando, volando en alas de su mal deseo, y penetrando en el cuarto, halló un cadáver donde esperaba encontrar el placer.

Los gritos de una madre que lucha por ver á su hija en momentos supremos, ejercen tal influencia y superioridad sobre cuantos les escuchan, que nadie se atreve á oponerse á lo que demandan. La dejaron el paso libre al fin, conmovidos por el dolor que sus exclamaciones demostraban, y entró violentamente agitada, como una leona, hasta la alcoba, donde su hija yacía muerta.

A la vista del cadáver, sus fuerzas la abandonaron por completo, y cayó desplomada en tierra.

Rogelio, fuera de sí, se abrazó llorando al inanimado cuerpo de su desventurada amante, y así permaneció sin pronunciar palabra, arrojando un torrente de gemidos, sin cuidarse de lo que le decían, sin querer abandonar aquellos restos queridos.

Doña Melchora fué transportada á otra habitación para prodigarla los auxilios que su estado requería, y por fin se pudo conseguir arrancar del lecho mortuario al desdichado amante. El juez mandó que todos saliesen de la alcoba, y entonces reparó en el duque, á quien conocía, y á quien saludó con una inclinación de cabeza.

Este incidente llamó la atención de Rogelio, que se quedó mirando fijamente al aristócrata.

—Señor juez, exclamó de repente con energía; mandad que prendan á ese hombre, porque es el asesino.

Todas las miradas se clavaron en el duque, que las soportó sin pestañear.

—Joven, ¿sabe usted lo que dice?

dijo el juez con acento severo: ¿sabe usted qué clase de persona es esta sobre quien lanza tan tremenda acusación? Es el señor duque del Carrascal.

—Sea quien fuere, repitió Rogelio con creciente energía: repito que es el asesino. Mirad.

Y con el dedo rígido y convulsivo señaló á la frente del duque, que todavía estaba manchada de sangre.

Partió una exclamación general de asombro entre los asistentes á aquella escena, y los más cercanos al duque se apartaron de él con horror.

El juez titubeaba.

—A pesar de las apariencias, dijo, no puedo creer que persona tan distinguida como reputada, sea el autor de este crimen. Su presencia en este sitio declara á su favor, pues de ser el asesino, hubiera huido de este sitio, temiendo las consecuencias.

—Que explique entonces por qué la sangre de la víctima ha salpicado su rostro, insistió Rogelio.

—Ruego á vucencia, señor duque, que explique esa circunstancia para confundir á este joven.

El duque inclinó la cabeza sobre el pecho, y no respondió. El asombro de todos iba en aumento, y el juez entonces ya no titubeó.

—Señor duque, dijo adelantándose y con acento solemne, en nombre de la ley, dése vucencia á prisión.

—Estoy á vuestras órdenes, caballero, dijo entonces el duque, despegando por fin los labios; me entrego sin resistencia.

—En vista de lo que decís, y si empeñais vuestra palabra de honor, prosiguió diciendo el juez, os evitaré la afrenta de que seais maniatado. ¿Quiere vucencia que se vaya á buscar un coche para ser conducido á la cárcel? El alguacil y un guardia le acompañarán.

—Gracias por vuestras atenciones, señor juez, contestó el asesino; pero el mío me espera á pocos pasos de



aquí, y si os es igual, preferiría hacer uso del que me pertenece.

El juez hizo un ademán de asentimiento.

El duque salió, seguido del alguacil del juzgado y de uno de los guardias de orden público, y los tres llegaron hasta el sitio donde el coche esperaba. El duque entró el primero, y cuando el alguacil, que le seguía de cerca, colocaba el pié en el estribo, se detuvo ante una espantosa detonación, producida por el disparo de un arma de fuego que resonó en el interior del carruaje, arrojando sus siniestros resplandores por ambas portezuelas.

El duque del Carrascal acababa de suicidarse.

---

La justicia formó el correspondiente proceso, que no dió grandes resultados, desde luego, porque el autor principal se castigó por su propia mano.

Don Facundo sufrió algunos disgustos y molestias; pero consiguió que se echase tierra al asunto en la parte que le correspondía, que por cierto no era pequeña.

El padre Petavio salió al día siguiente de madrugada de Madrid para Toledo, ignorante de la catástrofe, y en la creencia de que su discípulo iría después á cumplir la palabra dada de despedirse de sus superiores y maestros, y pedirles su bendición antes de abandonar la carrera eclesiástica. Fué efectivamente; pero no para el objeto que se había propuesto, sino para continuar en ella, porque ya el mundo no le ofrecía el risueño porvenir que había soñado en breves momentos de un amor correspondido.

La pobre doña Melchora fué recogida por los padres de Rogelio, y en vista de las súplicas de éste, que quiso rendir un tributo de amistad y protección, ya que no era posible otra cosa, á la desconsolada madre de

aquella inocente joven á quien tanto había amado, y que fué tan villanamente asesinada.

¡Pobre Lucrecia! Estaba escrito que debía ser fatal para ella la maldita  
CASA DE LA CALLE DE PANADEROS.

FIN













1058929





60984 81800